

EL ESTADO PERMANENTE DE MISIÓN: IMPLICACIONES PASTORALES PARA NUESTRA DIOCESIS.

Hablar del estado permanente de misión en la Iglesia es redundar en una gran verdad, porque la Iglesia nació siendo misionera y nunca lo ha dejado de ser; pero además, esa es su esencia y su naturaleza, el llevar acabo la misión de Cristo de manera continua y permanente para que todos los hombres se salven y tengan vida plena.

Hoy se insiste en hablar del estado permanente de misión para diferenciar de lo que llamamos misiones populares que no están mal, pero que no son sino momentos o acentuaciones en la vida de la comunidad que se ubican en el contexto de una celebración de aniversario o jubileo entre otras.

Ciertamente en estas misiones populares se siembra, pero se corre el riesgo de olvidar la siembra, de no regar, ni acompañar lo sembrado, y por tanto son pocos los frutos, quedándose muchas veces en el olvido y por tanto no se llega al fondo para transformar ni convertir situaciones y personas.

Ante la situación de poca fecundidad, se prefiere a menudo la práctica de la administración y pastoral sacramentaria, dispensando sacramentos a menudo con ligera preparación y buscados por las personas solo como requisito que no hace crecer ni madurar en la fe a la persona y por tanto no los lleva a convertirse en cristianos comprometidos en la fe, con Cristo en su Iglesia.

Por tanto no se siembra con proyección a futuro, solo se piensa en el presente y en el beneficio propio.

Cuando se preparaba de la V Conferencia del CELAM en Aparecida en 2005, tuvimos la dicha de participar el P. Benjamín, el P. Daniel y un servidor. Recuerdo que se nos advertía de manera puntual, que el acontecimiento Aparecida era el último tren que pasaba y que si no nos subíamos nos quedaríamos en la desilusión, en la tristeza, sin futuro cierto y perdidos en nuestra negligencia y tristezas.

Se insistía en la conversión personal y pastoral de los agentes para ser auténticos discípulos de Jesús; había que transformar las estructuras en instrumentos para la misión.

Quizás hoy tendríamos que preguntarnos de manera humilde y sincera, no será que se nos ha ido ya el tren o desde una mirada optimista nos cuestionamos, qué tan subidos y felices vamos en él si es que lo tomamos!.

El mandato de Jesús fue contundente y para siempre. El capítulo 28 de san Mateo nos lo recuerda. Envía a sus apóstoles para que vayan por todo el mundo y lleven la Buena Nueva, aunque después de su resurrección les pide, que no se alejen de Jerusalén hasta que hayan recibido el ES, porque él será quien garantice su predicación y su eficacia.

Los envía con algunas instrucciones; primero que no tengan miedo, que no lleven nada para el camino y que sean astutos como las serpientes y mansos como las palomas.

En esta sintonía con el mensaje de Jesús durante estos siglos, la Iglesia ha procurado ser fiel a su mandato con acentuaciones en algunos momentos de la historia con mucha generosidad y vivacidad.

No se puede negar la astucia, confianza y coraje que han dado muchos para llevar adelante la misión, pero también hay que reconocer que en algunos tiempos y lugares ha habido un relajamiento y acomodo a las cosas de este mundo que no han manifestado la presencia del reino y han desdibujado la persona del discípulo. Nos hemos encerrado en el miedo, en la comodidad y hemos perdido la alegría, el encantamiento por ser verdaderos testigos de la verdad y del amor de Dios.

A pesar de los pesares, contemplando el caminar de la Iglesia sobre todo de los últimos pontificados, constatamos que verdaderamente hay una sintonía en el pensamiento y deseo de los sumos pontífices desde la visión futurista de Pío XII, hasta el atrevimiento de Juan XXIII con su aggiornamento, con el que quería poner a la Iglesia ante los tiempos modernos convocando así el Concilio Vaticano II para dar respuesta a las grandes interrogantes del hombre de este tiempo.

Se destaca la decisión, lucidez y coraje de Pablo VI para asumir el desarrollo del Concilio y después ponerlo en práctica con su defensa y promoción a la vida humana, con la encíclica *Humanae Vitae* y desde la exhortación *Evanelli Nuntindi* para llevar el evangelio al mundo actual, aseverando que la dicha, vocación y naturaleza de la Iglesia es llevar la Buena Nueva y alegre noticia del Evangelio a todos los hombres.

Nuestro continente será quien desde la Conferencia en Medellín reciba y asuma las primicias del Concilio para que con entusiasmo y ardor se impulsará en la Iglesia Latinoamericana un nuevo pentecostés en el Continente.

En su momento Juan Pablo II, incansable misionero llevó por todas partes del mundo el rostro del Cristo vivo, lleno de amor y de ternura, con su acento evangelizador en especial a los jóvenes y a las familias. Su grito fuerte y tenaz invitaba abrirse a la esperanza desde el inicio de su pontificado; no tener miedo de abrir las puertas de par en par a Cristo.

Con él fuimos testigos de la bendición del Documento de Puebla para la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina. El mismo Juan Pablo II es quien nos desafía a llevar la Nueva evangelización y, por nueva nos hizo entender que debíamos ser evangelizadores creativos con nuevos métodos, con nuevas expresiones y con nuevo ardor.

Podríamos traducir esta estrategia del Papa con lo que llamamos hoy creatividad pastoral e inteligencia espiritual o astucia y valentía misionera.

En nuestro contexto, podemos expresar con pena y dolor que se palpa un ardor apagado en nuestra evangelización; de igual manera los métodos que usamos son poco creativos o son los mismos de siempre; nuestras expresiones son poco atractivas y acartonadas, con poca actitud y entusiasmo.

También con Juan Pablo II recibimos la IV Conferencia de Santo Domingo que ha sido clave en el tema del encuentro con Jesucristo, con la advertencia de que solo desde el encuentro vivo con el resucitado podemos evangelizar la cultura y forjar una nueva humanidad mas justa y solidaria.

Con la exhortación Ecclesia in América en su pontificado nos hizo un llamado a vivir en comunión porque esa es la naturaleza y sacramento de la Iglesia. No basta ser discípulos de Cristo por separado sino serlo en comunión. Los discípulos caminan siempre juntos nunca solos.

El Papa Benedicto XVI, nos exhortó a ir a los nuevos areópagos, que son esos espacios y escenarios a los que muchas veces no llegamos o no hemos sabido llegar; el mundo de los jóvenes, de la educación, de la cultura y de la política entre muchos otros.

Con él fuimos bendecidos con la V Conferencia de Aparecida Brasil de 2007, donde nos hizo un llamado a fascinarnos desde la belleza del encuentro con Jesucristo. Solo desde el encuentro vivo con Jesucristo podemos convertirnos en sus discípulos enamorados de nuestro maestro porque solo así podemos ser ardorosos misioneros.

Nos hizo entender que la Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción, por el testimonio valiente y alegre y, por la belleza de ser discípulo enamorado del Señor Jesús.

Esto suponía un llamado urgente a renovar las parroquias para que estas sean casa de todos y escuela de comunión y de formación de discípulos, con la anotación esencial que solamente se puede renovar la parroquia con sacerdotes convertidos en discípulos enamorados de Cristo.

En el mismo tenor el Papa Francisco asumiendo con decisión el bagaje y riqueza de Aparecida abre su ministerio con una carta programática muy hermosa por cierto, la exhortación Evangelii Gaudium, la alegría del evangelio.

Aquí nos reta a salir al encuentro de los hermanos, a ir a las periferias, a los alejados, a caminar juntos, a llevar el evangelio de la misericordia y de la alegría, en una misma dirección desde la conversión sinodal. Nos reta a dejar nuestras comodidades, nuestro adormilamiento para asumir la misión de Jesús.

No quiere una Iglesia auto referencial, encerrada en si misma, sino que prefiere una Iglesia accidentada, enlodada, con pastores con olor de oveja que llevemos el rostro de Cristo a las ovejas enfermas, heridas, perdidas y descarriadas.

Sueña el Papa con una Iglesia incluyente donde quepamos todos y nadie quede descartado; una Iglesia que primerie, que vaya adelante llevando el óleo del perdón, del consuelo y de la paz.

Una Iglesia fraterna donde los discípulos se amen, se respeten; sean alegres y valientes testigos; no con cara de funeral o de cuaresma sin pascua; sino que seamos una Iglesia menos clerical y más acogedora.

Desea una Iglesia llena de ternura que ante todo muestre el rostro misericordioso de nuestro Padre Dios que va en busca de las ovejas pobres y enfermas.

Una Iglesia de grupos y movimientos, donde todos asuman la misión y pongan al servicio de la Iglesia y de las parroquias la riqueza de sus carismas y espiritualidades para dejar de lado los protagonismos estériles y egoístas que no construyen el reino de Dios.

Una Iglesia de discípulos convertidos a Cristo, formados y formadores de nuevos agentes para la misión.

Sin duda es rico el bagaje con las líneas y directrices del papa Francisco, pero la realidad nos dice que poco está calando su llamado en la Iglesia; el tema de la sinodalidad la estamos tomando como moda, una novedad, como una mera utopía y no la descubrimos ni la acogemos como el estilo de vida propio de la Iglesia, como su naturaleza misma, caminando todos juntos según el deseo de Cristo, que todos sean uno.

Les invito a contemplar ahora el contexto diocesano creo que en teoría hemos sido consecuentes con la Palabra de Dios y con el Magisterio por lo menos en buena parte.

Desde el inicio de la Diócesis con el muy querido Dn. Victorino Alvarez Tena de feliz memoria con grande amor por su pueblo echó andar la gran misión del 79; una acción eclesial recordada con cariño por muchos que dejó grandes frutos y una renovación de muchas parroquias. Sin embargo se veía necesario que tuviésemos unos criterios y líneas operativas que nos ayudaran a trabajar en coordinación y en comunión.

Esto se consolidaría en la promulgación y puesta en práctica del primer plan diocesano de pastoral orgánica cuyo objetivo fue el realizar eclesialmente una Nueva evangelización con el testimonio y compromiso para la transformación de las realidades mediante una pastoral planificada.

Bajo la guía de Mons. Jesús Humberto Velázquez Garay que de Dios goce se continúa con la insistencia de fortalecer una Iglesia en comunión trabajando de manera planificada, bajo el presupuesto de que todos somos Iglesia, todos somos misioneros y evangelizadores.

Después de tiempo de prórroga de dicho documento fue necesario contemplar la realización de un nuevo plan de pastoral bajo la inspiración del Documento de Aparecida teniendo como doctrina subyacente el discipulado y la misión.

Dicho documento e instrumento fue impulsado y decretado por Dn Lázaro Pérez Jiménez también de feliz memoria y publicado por Dn Benjamín Castillo Plascencia quien además tuvo el acierto de precisar el objetivo y la identidad del plan quedando como lo conocemos hoy "El gozo y la belleza de ser discípulos misioneros de Jesucristo en comunión".

Como resultado del análisis de la realidad se discernieron 4 retos, los cuales dieron origen a las exigencias pastorales. Los menciono solo por recordarlos: la falta de identidad sacerdotal y laical; la falta de formación sistemática, integral y permanente de agentes sacerdotes y laicos; la carencia de procesos en la pastoral y la ausencia de una pastoral que responda a la realidad.

Sin duda estos retos son tan vigentes y valiosos para nuestro tiempo, aunque hay que decir que a estas alturas ya están rebasados, por los nuevos códigos de comunicación que tenemos hoy, con una violencia desbordada, un tejido social mucho mas roto; con nuevas ideologías progresistas de muerte, abstractas que están golpeando duramente nuestra fe.

De las exigencias pastorales que son o debieran ser nuestro motor, nacen las líneas de acción, pero además de aquí se inspiran la mística del plan y la línea prioritaria que es el faro y brújula que habrá de direccionar toda nuestra acción pastoral para responder a los grandes retos y desafíos.

Esta línea prioritaria no es solo un bonito slogan o una buena expresión sino que se trata del punto convergente que nos pone de frente a la tarea esencial que nos hace tomar conciencia del ser y quehacer de la Iglesia que es misionera por naturaleza, trabajando siempre en comunión porque de no hacerlo en comunión somos todo menos Iglesia.

Si quisiéramos medir el impacto y aporte misionero evangelizador que ha dejado y esta dejando este plan misionero y las cosas u obstáculos que han impedido los frutos y desarrollo del mismo, pudiéramos decir lo siguiente:

Sin duda hay frutos, pero no los esperados y anhelados. Tenemos frutos dulces, otros agrios, escasos y a veces con espinas. La razón es que nos ha faltado considerar las estrategias; seguimos trabajando sin ellas, porque estas exigen esfuerzo y recursos. Cada quien hace lo que mejor le parece aisladamente y sin el mayor esfuerzo.

Las comisiones pastorales parecen perdidas en sus luchas con poca creatividad y entusiasmo para crear sinergia en sus dimensiones; son estructuras poco evangelizadas y con poco o nulo ardor misionero, sin una clara propuesta, cuando desde Aparecida se nos dijo que en esto consistía la misión permanente en convertir las estructuras de la Iglesia en entes de irradiación y animación misionera.

En consecuencia podemos decir que no estamos formando agentes; se dan cursos aislados sin proyección dejando de lado la formación sistemática; seguimos trabajando sin una pastoral de procesos dando paso a los sucesos, nos perdemos en los eventos y acontecimientos, cuando mas bien estos debieran ser una riqueza para fortalecer las líneas del plan.

Estamos lejos de responder a la realidad con nuestras acciones pastorales, porque seguimos dando respuestas a preguntas que nadie se hace. No hay estrategia ni conversión en los discípulos y por ende no se ha profundizado ni se ha afianzado la identidad sacerdotal y laical.

Como los retos no son asumidos, tampoco las exigencias son consideradas como la sinergia que nos lleve a la consecución de las líneas de acción.

Y aun la línea prioritaria siendo lógica y consecuente, esta tuvo poco eco y desarrollo en las comisiones diocesanas y por ende en las dimensiones y, en consecuencia tampoco lo tuvo en el decanato que es el lugar por excelencia de la animación e irradiación misionera.

A la parroquia la llamada a la misión llegó como una buena promesa pero sin rieles y sin motor que la impulsaran. Se acogió como uno de tantos proyectos en la diócesis. Y quedó plasmado en planes y programas muchas veces solo de escritorio.

Los párrocos subidos en el frenesí del activismo, de eventos y ocurrencias; los vicarios arrastrados por el ambiente del tiempo, absorbidos en sus propios programas personales y metidos en la tecnología y tendencias de moda y, los animadores decanales sin ánimos y sin motivaciones para dar vida a la misión.

Todo esto nos ayuda a comprender el por qué no fuimos capaces de encender la hoguera con nuestro plan misionero y hacer de nuestra diócesis un nuevo pentecostés.

Nos faltó ver el plan y la misión como un don, como un kairós y una bendición; esto provocó que no se dieran los espacios ni los medios para que como agentesuviésemos un verdadero encuentro con Cristo que nos lleve a la conversión;

La experiencia nos dice que nos cuesta mucho trabajar en comunión, en equipo, nos gana el individualismo y el egoísmo; nos falta la voluntad para vincular la pastoral y hacer pastoral orgánica de manera transversal y de conjunto. Con tristeza vemos que nos es más fácil levantar muros que nos dividen que hacer puentes que nos unan y nos ayuden a trabajar como hermanos y como una familia.

Pienso que como fruto y ofrenda a Dios por los 50 años de nuestra diócesis, tendríamos que entrar en una etapa de madurez y sensatez para tomar la firme determinación de convertirnos en una Iglesia en permanente misión; una Iglesia comprometida con la iniciación cristiana que haga de cada persona un cristiano nuevo, maduro, discípulo misionero y soldado valiente de Cristo en su Iglesia.

Que para gloria de Dios y bien de nuestro pueblo trabajemos por ser una Iglesia local reconciliada con su pasado y con su presente, con sus fortalezas y miserias; con sus riquezas y pobreza; y así avancemos y superemos las fragmentaciones humanas y divisiones estériles.

Que mas que hacer nuevas parroquias, que fomentan el capillismo, que nos fragmenta y nos encierra en nuestra pequeña porción como un beneficio propio, potenciemos la pastoral de comunión con la coordinación y vinculación de todas las fuerzas, de todos los agentes para llevar la irradiación misionera a los diferentes sectores de la gran comunidad.

Finalmente, nuestros obispos en el Plan global de pastoral nos llaman a prepararnos para celebrar el acontecimiento de los 500 años de las apariciones de Gpe y de los 2000 años de la redención; nos llaman a realizar una verdadera sinfonía en donde todos y cada uno hagamos lo propio, con entusiasmo y alegría, con valentía y actitud misionera, poniendo todo nuestro mejor talento y actitud para hacer de nuestra Iglesia la casa de todos donde crezcamos y maduremos en la fe.

PREGUNTA A CONSIDERAR PARA EL TRABAJO EN EQUIPO: Qué exigencias se presentan hoy ante la misión de nuestra Iglesia diocesana?.